

Ignacio Olábarri Gortázar  
Universidad de Navarra

**Torregrosa, Marta, *Filosofía y vida de Eugenio d'Ors. Etapa catalana: 1881-1921*, EUNSA, Pamplona, 2003, 319 pp. ISBN 84-313-2077-X.**

Índice 7. Tabla de abreviaturas, 11.– Presentación de Álvaro d'Ors Pérez-Peix, 13.– Introducción, 15.– Parte Primera.– El nacimiento de un filósofo: el joven Eugenio d'Ors (1881-1910), 19.1. Formación del joven Eugenio d'Ors: Barcelona y Madrid, 1881-1906, 21.– 1.1. Niñez y juventud, 2.2.– 1.2. Años universitarios, 28.– 1.3. Primeros artículos y publicaciones: Barcelona y Madrid, 35.– 1.4. El modernismo de Eugenio d'Ors.– 1.5. La formulación del noucentisme, 52.– 2. Eugenio d'Ors, París y la filosofía: 1906-1919, 63.– 2.1. Los métodos de la ciencia y la actividad filosófica.– 2.2. El congreso de Heidelberg. Un filósofo entre filósofos.– 2.3. Una vida entre París y Barcelona, 93.– 2.4. De regreso a Barcelona: 1910, 108. Parte Segunda.– La filosofía del 'seny': 1911-1916, 117.– 3. Eugenio d'Ors filósofo y científico: 1911-1913, 119. 3.1. La creatividad científica: IV Congreso Internacional de Filosofía, 120.– 3.2. La filosofía del hombre que trabaja y que juega, 126.– 3.3. El verano de Teresa, la Bien Plantada, 135.– 3.4. La física y la filosofía, 144.– 3.5. Licenciatura y doctorado en Filosofía, 151.– 4. La actividad filosófica desde la política, 161.– 4.1. Las oposiciones y la estancia en Madrid, 161.– 4.2. Europa y la Gran Guerra.– 4.3. La pedagogía y la filosofía.– 4.4. Nuevos proyectos en política cultural.– Parte Tercera.– El final de la "Heliomaquia" en Cataluña: 1917-1921, 209.– 5. La doctrina de la inteligencia y la crisis de la Heliomaquia: 1917-1921, 211. 5.1. El año de la muerte de Prat de la Riba, 212.– 5.2. La filosofía como dialéctica, 217.– 5.3. La heliomaquia como acción política y como docencia.– 5.4. El expediente administrativo: dimisiones y destituciones.– 6. Balance de un diálogo entre la filosofía y la vida, 265.– 6.1. La filosofía orsiana como superación del pragmatismo.– 6.2. La filosofía como modo de vida.– 6.3. El Glosario como articulación de la filosofía y la vida, 279.– Bibliografía, 284.– Índice de nombres, 313.

El libro que reseñamos es el fruto de la tesis doctoral que la ya doctora Marta Torregrosa, bajo la dirección del profesor doctor Jaime Nubiola Aguilar, ha publicado en la editorial EUNSA, dedicado a la etapa catalana (desde 1881, fecha de su nacimiento, hasta el 4 de julio de 1921, día en que se embarcó en el vapor *Reina Victoria Eugenia* rumbo a Argentina, donde colaboraría en el prestigioso diario de Buenos Aires *La Nación*, y de donde volvería al año siguiente a España para instalarse en Madrid), de la vida y obra del pensador y artista Eugenio d'Ors y Rovira, hijo de José Ors y Rosal, prestigioso médico del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona, y de Celia Rovira y García, que había nacido en Manzanillo (Cuba), aunque su familia procediera de Villafranca del Penedés. Es un libro que ha contado también con la ayuda del hijo menor del filósofo barcelonés, el conocido romanista Álvaro d'Ors Pérez-Peix, –Álvaro se llamaba su abuelo materno–, que ha

escrito una breve introducción al libro, de sus hijos y sobrinos, que se han ocupado en los últimos años –como lo hicieron los dos hijos mayores, ya fallecidos, Víctor y Juan Pablo, del pensador catalán– de la reedición de los escritos de su abuelo, tanto en su etapa catalana como en la madrileña (Eugenio d’Ors murió en Vilanova i la Geltrú en septiembre de 1954). D’Ors contrajo matrimonio el 10 de octubre de 1906 en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles de Barcelona con María Pérez-Peix, hija de un rico comerciante de tejidos vallisoletano –el abuelo materno de su tercer hijo, como ya hemos comentado– y de una joven catalana llamada Teresa, ella misma escultora, que firmaba bajo el pseudónimo *Telur*.

Se trata, es claro, de la tesis doctoral de una filósofa, que no parece saber mucho de la historia de su tierra o, al menos, se centra tanto en la vida y obra de su biografiado que no se preocupa de enmarcarlas en el contexto histórico –una época difícil y peligrosa de la historia catalana, española y europea– en el que d’Ors vive. Pero su estudio de la filosofía y vida, tan entrelazadas, del pensador catalán es buena muestra de una inteligencia atenta y reflexiva, que trabaja minuciosamente y con rigor, empleando también documentación inédita y toda la bibliografía pertinente, y que permite concluir a la autora que, en realidad, la obra intelectual y artística que elaboró Eugenio d’Ors en Madrid estaba ya toda ella contenida “in nuce” en su vida a caballo entre Barcelona y París –con la asistencia a Congresos filosóficos y científicos en otras ciudades europeas– hasta 1921.

“Altiya Señora es la verdad; no la poseerá nunca quien antes no se haya arrodillado ante ella”, escribió Eugenio d’Ors en 1911, en un artículo titulado “Vindicación de la memoria”, que publicó en el segundo de los números de la madrileña *Revista de Educación*. Para d’Ors, escribe la Dra. Torregrosa treinta páginas antes, “la primera de las bellas artes debía ser la vida y no concibió la existencia sin ese matiz de espiritualidad y de sensibilidad, de experiencia estética que suponía la red con el mundo”; “La filosofía del hombre que trabaja y juega” (título del libro que publicó en Barcelona en 1914, una antología de sus textos en la que se incluyeron las “Doce glosas de filosofía” que publicó en el diario barcelonés *La Veu de Catalunya* en 1911); “La Obra bien hecha”, título de otra de sus colecciones de glosas más conocidas, o la belleza y la elegancia de Teresa, la Bien Plantada, personaje que crea d’Ors en el pueblo costero catalán en el que veraneó en 1911, una de las obras más populares y, al mismo tiempo, más criticadas por los lectores de *La Veu*, el diario en que apareció, en forma de glosa, a lo largo de los meses de agosto, septiembre y octubre de aquel año y que publicó su *Glosari*, bajo el más conocido de sus pseudónimos, *Xenius*, desde 1906 hasta 1919. Tales ideas, figuras, obras y consideraciones, entre tantas otras que podrían traerse aquí, reflejan fielmente la personalidad y el

pensamiento de un personaje catalán al que se le puede considerar en verdad un genio.

Eugenio d'Ors fue, a un tiempo, científico y humanista, literato y artista. Como científico, se mantuvo muy al tanto, desde su observatorio de París, donde se encontraba pensionado por la Diputación de Barcelona, de los últimos experimentos y descubrimientos que estaban teniendo lugar en Europa y América, gracias a sus desplazamientos desde París a eventos como el VI Congreso Internacional de Psicología, que tuvo lugar en Ginebra en el verano de 1909. Como filósofo, había asistido ya, el año anterior, desplazándose, también desde París, al III Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Heidelberg entre el 31 de agosto y el 6 de septiembre de 1908, en el que participó con dos comunicaciones, que se publicarían en las actas del Congreso, una en la Sección de Lógica y Crítica de las Ciencias (“Le résidu dans la mesure de la science par l’action”), la segunda en la de Filosofía de la religión (“*Religio est Libertas*”). Fue su primera asistencia a un coloquio en el extranjero y, por ello, una experiencia inolvidable –“un Congreso de Filosofía es una orgía maravillosa de pensamiento”, escribió aquel otoño en su *Glosari*–, además de dar lugar al encuentro con filósofos como el estadounidense J. M. Baldwin, que había dirigido un conocido *Dictionary of Philosophy and Psychology*, a filósofos de la historia que tanto influyeron sobre los que serían fundadores de la escuela de los *Annales* (Wilhelm Windelband, Émile Boutroux, Wilhelm Wundt, Benedetto Croce) y a figuras del pragmatismo norteamericano como el Catedrático de Harvard Josiah Royce, el de Oxford, Ferdinand C. S. Schiller, o el discípulo italiano de figuras de la talla de William James, Charles Sanders Peirce y John T. Dewey, Giovanni Vailati.

Como literato y artista, Eugenio d'Ors se integró muy joven, en 1899 –tenía sólo dieciocho años–, en el movimiento modernista catalán, fundado en 1892 por un grupo del que formaban parte, entre otros, literatos, pintores y músicos como Santiago Rusiñol, Joaquim Casas, Raimon Casellas, Joan Maragall, Jaume Brossa, Alexandre Cortada y Enric Morera. Cinco años después, sin embargo, d'Ors rompía con el modernismo de la generación anterior a la suya, y lo hacía, principalmente, por dos razones: porque no le agradaban ni el individualismo ni el naturalismo de la estética modernista ni su sentimentalismo, su espontaneidad en la creación artística y su tradicionalismo catalanista, anclado en el ruralismo y el folklore. El nuevo movimiento había de llamarse *noucentisme* –hizo su propuesta, si no por primera vez sí de modo explícito, en el prólogo de 1905 a su traducción al castellano de su librito *La fi de l'Isidre Nonell*– y el programa de la juventud *noucentista*, que publicó en su “*Glosari*”, que aparecía siempre en la primera plana de *La Voz de Catalunya*, en septiembre de 1906, había de cifrarse –escribió d'Ors en *La Veu*, si bien aquí, siguiendo a la autora del libro que

reseñamos, citamos en castellano– “en un voluntario humanismo, es decir, en una tendencia a tomar la actividad humana como medida de moralidad de belleza y de verdad”, objetivo que exigía “considerar la educación de la voluntad como una cosa esencialmente estratégica” por medio de la biografía de los grandes artistas. Muchos de sus compañeros en las filas del modernismo, como el gran escritor Joan Maragall, siguieron sus pasos.

Eugenio d’Ors tomó partido –ya lo hemos dicho– en todos los conflictos de la época histórica que le tocó vivir, también en los referentes a la tierra natal, principalmente el catalanismo intelectual y político (Francesc Cambó, Enric Prat de la Riba, su gran valedor desde la presidencia de la Mancomunidad de Cataluña, que Eduardo Dato aprobó, después de asesinado en un atentado anarquista su predecesor, José Canalejas, en 1913) y sus vicisitudes y, muy en particular, la sustitución de Prat por Josep Puig i Cadafalch después de la muerte del primero el 1 de agosto de 1917. Pero en España y en el mundo se produjeron otros grandes acontecimientos, el más importante y trágico de ellos, sin duda, la Gran Guerra, como la llamaron los contemporáneos, que estalló a comienzos de agosto de 1914 después de que, en el mes de julio, un anarquista serbio hubiera asesinado en Sarajevo al futuro heredero del Emperador Francisco José, el archiduque Francisco Fernando, atentado al que siguió una larga serie de contactos diplomáticos entre los Estados de las “*ententes*” opuestas y el asesinato del líder del socialismo francés Jean Jaurés, empeñado –como el Papa Pío X– en evitar la guerra con sus correligionarios alemanes y que ambos parlamentos votasen los presupuestos extraordinarios de guerra.

La iniciativa que d’Ors tomó, en este caso, fue la redacción y proclamación de “El Manifiesto de los Amigos por la Unidad Moral de Europa” –acto que tuvo lugar en Barcelona el 27 de noviembre de 1914–, que escribió en el despacho del abogado catalanista Miquel del Sants Oliver en el Ateneo de Barcelona y que, entre otros, firmaron, junto a ellos, personajes de su círculo como Enric Jardí –futuro biógrafo del impulsor del manifiesto–, Ramón Rucabado, Jaume Farran i Mayoral, Jordi Rubió i Balaguer, Aureli Ras y Carmen Karr, directora de la revista *Ferminial*. Pronto se adhirieron a él la Asociación Wagneriana, la Sociedad El Sitio de Bilbao –más tarde nos referiremos a sus conexiones con el mundo vasco– y la redacción de la revista *España*, que dirigía José Ortega y Gasset, su principal valedor en Madrid, el único voto favorable que obtuvo d’Ors en las oposiciones a la cátedra de Psicología Superior de la Universidad de Barcelona, como veremos también más abajo. También tuvo el manifiesto una repercusión europea, a través de la revista quincenal que publicó el *Comité d’Amics de la Unitat Moral d’Europa a Barcelona* bajo el título *Els amics d’Europa*, cuyo primer número salió a la luz el 11 de julio de 1915 y que apareció –23

números en total– hasta febrero de 1919, en plena Conferencia de Paz de París.

El manifiesto de 1914, las adhesiones que pronto suscitó y la posterior aparición de la revista *Els amics d'Europa* constituyen una buena prueba de algo que caracterizó a Eugenio d'Ors a lo largo de toda su vida: su capacidad para impulsar, e incluso gestionar, iniciativas filosóficas, científicas y artísticas. Además de otras empresas promovidas por él y ya citadas, hay que destacar su labor como Secretario General, desde 1911 hasta 1920, siempre contando con la confianza de Prat de la Riba, del *Institut d'Estudis Catalans* y de las otras instituciones que se generaron en su seno, como la Biblioteca de Cataluña (47.000 volúmenes y alrededor de 600 manuscritos), en cuya inauguración, en 1913, leyó d'Ors la correspondiente memoria, la Escuela Superior de Bibliotecarias de Barcelona, la red de Bibliotecas Populares de Cataluña o el *Consell d'Investigació Pedagògica*, que pronto iniciaron sus propias publicaciones periódicas, como los *Quaderns d'Estudi* o las dos colecciones antológicas paralelas publicadas bajo el título común de *Minerva* (la *Col·lecció popular dels coneiximents indispensables*, que apareció entre 1916 y 1923, y la de *literatures modernes*, nacida en 1918, de la que sólo se editaron ocho números). Promotor, gestor y también viajero, “transhumante”, como me decía en una conversación reciente Álvaro, su hijo menor: durante sus vacaciones, Eugenio d'Ors viajaba sin cesar, y tan pronto estaba en Bilbao como en Suiza, en Munich, en Italia o en la Costa Brava, además de su asistencia a reuniones científicas en España y en Europa, frecuentísima durante la etapa catalana de su vida.

Precisamente fue José Ortega y Gasset, uno de sus mejores amigos y valedores, como comentábamos más arriba, quien más ocasiones buscó para que d'Ors se trasladara a Madrid, diera conferencias y charlas y publicara en los diarios y revistas (*El Sol*, *España*, *Revista de Occidente*...) de los que él era “empresario intelectual”, para citar el acertado título que el profesor Dr. Gonzalo Redondo Gálvez dio a su tesis doctoral, dirigida por Vicente Cacho Viu, otro profundo conocedor de la vida y obra del filósofo, escritor y artista catalán. Ortega fue su único voto –ya lo hemos visto– en las oposiciones a una cátedra de Psicología Superior de la Universidad de Barcelona, que tuvieron lugar en la entonces Universidad Central, única que tenía derecho a conferir el grado de Doctor en cualquiera de las disciplinas científicas, y el único miembro de un Tribunal compuesto por algunas figuras muy cercanas al propio Ortega, como el reformista asturiano Adolfo Bonilla y San Martín y el sustituto del notario andaluz Juan Díez del Moral, que fue el secretario del “jurado”, presidido por el Obispo de Madrid-Alcalá, Mons. José María Salvador Barrera y que completaba el catalán Josep Daurella i Rull. El ganador fue Cosme Parpal, el único doctor que se presentó, además de quien es el objeto de la biografía de Marta Torregrosa, de cuya formación y

maestros nada sabemos, ya que los otros siete firmantes se retiraron antes de comenzar la oposición, disconformes algunos –no sin razón– con que la condición de obispo del presidente del Tribunal pudiera influir negativamente en el resultado final, ya que algunas de las doctrinas psicológicas que allí se habían de explicar podían estar –y estaban de hecho– en desacuerdo con la doctrina católica.

La decepción fue grande para el candidato de Ortega, que, en un primer momento, quiso abandonar sus glosas de *La Veu de Catalunya*, y para los intelectuales y políticos barceloneses cercanos a él, que consiguieron que desistiera de su propósito. Después de un paréntesis de tres meses, en abril de 1913, reanudaba d'Ors la publicación de su *Glosari*, pocos días después de que se constituyera la Mancomunidad de Cataluña –unión a efectos educativos, culturales, asistenciales y de comunicaciones, que presidiría Enric Prat de la Riba. Antes y después de la frustrada oposición, Ortega, la principal figura de la generación de 1914 en España, como ha mostrado Robert Wohl, invitó a d'Ors a dar conferencias en la Residencia de Estudiantes, donde convivían intelectuales y artistas de la talla de Juan Ramón Jiménez, y en la sección de Filosofía, recién inaugurada, del Ateneo de Madrid. D'Ors, a su vez, conoció y se carteo con figuras de la Institución Libre de Enseñanza o de la generación del 98 como Francisco Giner de los Ríos, quien, en una de sus últimas apariciones públicas (moriría el 18 de febrero de 1915) asistió a la conferencia del Ateneo, y el Catedrático y entonces ex-Rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno.

Unamuno, que tanto amó a Bilbao, fue precisamente quien impulsó las relaciones entre catalanes y vascos, entre Eugenio d'Ors y los amigos unamunianos de la Sociedad El Sitio, que le había invitado en enero de 1915, pocos meses después de su manifiesto en pro de la neutralidad de España durante la Gran Guerra, al que se adhirió, como ya sabemos, la sociedad republicano-socialista, a dar una conferencia; tres años después, en agosto de 1918, “la familia d'Ors –escribe Marta Torregrosa– disfrutó de las vacaciones estivales en el Norte de España. Estuvieron en Las Arenas, Getxo”. Desde allí escribió el catalán, en papel del Real Club Marítimo del Abra, el 30 de agosto de aquel año, una carta a su amigo, el catedrático de la Universidad de Salamanca, que recoge Vicente Cacho Viu en su obra póstuma (Barcelona, Quaderns Crema, 1997), *Revisión de Eugenio d'Ors*.

A lo largo de toda su vida, d'Ors mantendría estrechas relaciones con sus amigos vascos, que siempre acogieron con premura –generalmente por interés propio– las reclamaciones económicas y políticas que los empresarios y hombres públicos catalanes plantearon al Gobierno en el crítico verano de 1917 y en el planteamiento ante Madrid de las pretensiones autonómicas de vascos y catalanes de 1919. Es patente, por otra parte, el influjo de la obra cultural de la Mancomunidad catalana sobre la de la Junta de Cultura Vasca

de la Diputación Foral de Vizcaya, presidida en 1917 por Ramón de la Sota y Aburto, quien puso en marcha dicha iniciativa –de la que surgirían instituciones de la importancia de *Eusko Ikaskuntza* /Sociedad de Estudios Vascos y *Euzkaltzaindia* / Real Academia de la Lengua Vasca–, así como el papel que jugaron intelectuales nacionalistas vascos como Jesús de Sarria para que d’Ors colaborara en *Hermes*, la revista dirigida por el cubano de origen vasco, en la que se publicaron sus glosas catalanas, traducidas al castellano, desde 1918 hasta 1920.

Entre 1917 y 1921 tuvo lugar lo que la Dra. Torregrosa denomina “El final de la ‘heliomaquia’ en Cataluña”, “heliomaquia”, batalla política y cultural a favor del sol de la belleza artística y del conocimiento filosófico y científico, el sol que dio nombre al periódico, fundado precisamente a finales del crítico año 1917 por Nicolás María de Urgoiti, con un Ortega y Gasset, quien redactó el primer editorial del nuevo diario, “Bajo el arco en ruinas”, en la sombra, como tutor intelectual del periódico. Fueron años intensos, de lecciones académicas, seminarios, conferencias, viajes (a Madrid y a Portugal, en 1919) y publicaciones, que culminaron con el expediente administrativo que, a la muerte, el 1 de agosto de 1917, de Prat de la Riba, incoó a Eugenio d’Ors, por presuntas irregularidades en su gestión como secretario general del *Institut d’Estudis Catalans*, José Puig y Cadafalch, el sucesor del primer presidente de la Mancomunidad catalana. Unas irregularidades, por otra parte, que no podían ser más explicables en un momento en que las huelgas y los atentados anarquistas –que no cesarían hasta el pronunciamiento, el 13 de septiembre de 1923, del general Primo de Rivera– conmocionaban a toda Cataluña y a España entera (también al País Vasco, en el que murió en atentado, en enero de 1921, Manuel Gómez, gerente de la empresa industrial entonces más importante y poderosa de España, Altos Hornos de Vizcaya). El 7 de enero de 1920 dimitió d’Ors de su cargo de Director de Instrucción Pública de la Mancomunidad catalana, y, a renglón seguido, su nuevo presidente destituía a varios estrechos colaboradores –otros dimitieron, como muestra de solidaridad con su maestro– del filósofo barcelonés en el *Institut*. D’Ors fue repetidamente homenajeado por los periodistas catalanes y por asociaciones de obreros y empleados catalanistas como el CADCI (*Centre Autonomista de Dependents de Comerç i de la Industria*), muy reconocidos por su defensa del sindicalismo obrero frente al patronal. Sobre la base de una doctrina cercana a la que proponía Mussolini, una de las principales figuras del socialismo italiano y dictador, desde la “marcha a Roma” de 1922, junto a Víctor Manuel de Saboya, de la monarquía –futuro Imperio– italianos hasta la derrota fascista durante la Segunda Guerra Mundial, a la que denominaba “la civilización sindicalista”, d’Ors apoyó a los trabajadores catalanes en sus huelgas –como la general de 1919, que impidió la publicación durante tres

semanas de *La Veu de Catalunya*– y compartió su dolor con motivo del asesinato, en 1920, de Francesc Layret, líder de los Sindicatos Libres catalanes, del sacerdote don Federico Clascar o del colaborador de *La Veu* Joan Palau i Vera.

No quiero dejar de señalar que el pensador, científico y artista barcelonés escribió también algunos importantes libros y artículos de autobiografía, biografía e historia, entre los que destacan sus “Notas acerca de la Biografía”, recogidas en su *Diccionario filosófico portátil*, traducido al castellano y publicado por Editorial Criterio en 1999, y *La Vall de Josafat*, que editó en Barcelona, en 1987, precedido de un estudio preliminar, Josep Murgades, y que tradujeron al castellano Alicia García Navarro y Ángel d’Ors para Espasa-Calpe (1998).

Ha llegado el momento de recapitular, de exponer brevemente las críticas anunciadas al comienzo de esta reseña y de hacer el elogio que el libro de Marta Torregrosa merece. Las críticas son de dos tipos: unas, las ya señaladas, afectan a la falta de contextualización de los acontecimientos que vivió o en las que participó d’Ors (catalanismo político, declaración y final de la Gran Guerra y de los conflictos y tensiones que le precedieron, huelgas obreras, *lock-outs* patronales y atentados terroristas); las otras tienen que ver, desgraciadamente con la presencia de no pocas erratas, en este y en tantos otros libros publicados en España en los últimos años, con el castellano, a veces defectuoso de una filósofa catalana, con la falta de referencia a las páginas de algunas de las obras de d’Ors o sobre d’Ors en la bibliografía final y con la ausencia de un índice analítico, que hubiese sustituido con ventaja al onomástico situado al final del libro. Pero el balance es, sin duda, positivo: el entendimiento de la filosofía orsiana como superación del pragmatismo norteamericano y del vitalismo bergsonianos, de la filosofía entendida como modo de vida, del *Glosario*, el conjunto de obras más popular que nos legó Eugenio d’Ors, como articulación de la filosofía y la vida, la conclusión –que ya señalé al principio de mi reseña– de que la obra intelectual y artística que elaboró d’Ors en Madrid estaba ya contenida “in nuce” en la etapa catalana de su vida, que finalizaría en 1921. Un balance que merece la felicitación sin reservas a la Dra. Torregrosa por esta biografía –la mejor, sin duda, de las hasta ahora publicadas– de la primera etapa de la vida y obra del pensador y artista barcelonés Eugenio d’Ors y Rovira, de cuya genialidad es buena prueba el hecho de que sigan apareciendo, en España y en el extranjero, nuevas reediciones de su obra y estudios sobre la misma.

Marta Torregrosa es profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra y su investigación ha girado en torno a la figura de Eugenio D’Ors, sobre el que ha publicado diversos artículos.

Ignacio Olábarri Gortázar  
Universidad de Navarra